

ANTOINE MEILLET ANTE LOS PROBLEMAS DE LA DETERMINACIÓN DEL PARENTESCO LINGÜÍSTICO

Pablo Cano López
Universidade de Santiago de Compostela

Introducción

A principios del siglo XX parece quebrarse la confianza en la solidez del gran logro de la lingüística decimonónica: la clasificación genealógica de las lenguas, basada en la aplicación del método comparativo. El indoeuropeísta francés Antoine Meillet (1866-1936), uno de los lingüistas más influyentes de la época, contempla esa commoción intelectual con sorpresa e inquietud. Deseoso de reafirmar su valor, Meillet llama la atención sobre el hecho de que la clasificación genealógica haya permitido, al cabo de un siglo, «faire l'histoire des langues indo-européennes, des langues sémitiques, des langues fino-ougriennes, des langues bantoues, des langues indonésiennes» (1926a: 78). Clasificar las lenguas genealógicamente supone, en efecto, trazar su historia. Las lenguas genealógicamente relacionadas, o *emparentadas*, son dos lenguas que tienen un origen común. Para reconocerlas como emparentadas, como pertenecientes a una misma *familia lingüística*, es necesario haber descubierto coincidencias de cierta índole entre ellas. Esas coincidencias, vestigios de la fase unitaria, permiten formarse una imagen (forzosamente incompleta) de dicha fase. Merced a tal imagen se arroja luz sobre el más remoto pasado de las lenguas de la familia. Al conocerse (imperfectamente) la lengua originaria, se descubre un estadio muy antiguo del desarrollo de los elementos constitutivos de sus descendientes. El cotejo de ese estadio con los más recientes revela las transformaciones que dichos elementos experimentaron durante el período de tiempo comprendido entre la primitiva fase unitaria y la moderna fase de fragmentación. Es así como la clasificación genealógica supone una penetración en etapas del desarrollo de las lenguas. La clasificación genealógica ha ensanchado, pues, nuestro conocimiento del pasado de las lenguas; nos ha permitido remontarnos a períodos no accesibles mediante el estudio de los textos. Según Meillet, la magnitud de esa conquista hacía suponer que la clasificación genealógica «ne donnerait plus lieu à des discussions, et que l'on s'efforcerait seulement d'en poursuivre l'application» (1926a: 78). Sin embargo, ha sido «objet de discussions de principe» (1926a: 78), discusiones que han acabado por provocar una crisis.

El propósito de nuestro trabajo es estudiar la reacción de Meillet ante la crisis de la clasificación genealógica. En primer lugar (§ 1), presentaremos de forma somera los principios y los métodos característicos de los lingüistas dedicados a los estudios genealógicos; presentaremos, pues, la doctrina y la práctica tradicionales, que se ven amenazadas por los nuevos desarrollos de la lingüística: una doctrina y una práctica caracterizables *grossost modo* como *neogramáticas* (aunque no eran patrimonio exclusivo de los llamados *neogramáticos*). Como representante de la orientación tradicional tomamos al mismo Meillet, defensor entusiasta de la clasificación genealógica, que para él es «la seule [...] qui ait une valeur et une utilité» (1936: 53). Una vez concluida la

presentación, nos ocuparemos (§ 2.1, 2.2) de la réplica de Meillet a los ataques dirigidos contra la doctrina y la práctica tradicionales. Después de una sucinta indagación de las causas y de la naturaleza de dichos ataques (§ 2.1), procederemos a examinar la defensa meilletiana (§ 2.2), intentando poner de manifiesto sus líneas maestras.

1. La doctrina tradicional identifica el parentesco de dos o más lenguas con su *comunidad originaria*, es decir, con el hecho de que posean un origen común. Así se pretende distinguirlo con claridad de la mera existencia de similitudes entre ellas. Las similitudes entre dos lenguas A y B pueden ser trazas de su parentesco, residuos de su primitiva unidad que no han sido borrados por un dilatado período de evolución divergente. De hecho, solo si se observan similitudes de cierta índole entre ellas cabe concluir que varias lenguas están emparentadas. Ahora bien, ello no es óbice para que las similitudes se distingan del parentesco. La definición del parentesco –se afirma– es «purement historique» (Meillet, 1936: 54): el parentesco de A y B consiste solo en su comunidad originaria, y «n’implique [...] aucune concordance ni de type général ni de détail» (Meillet, 1936: 54). Esta insistencia obedece a los siguientes hechos: por una parte, las similitudes pueden no ser rastro de un origen común, sino de una simple contigüidad; por otra parte, del origen común no siempre queda un rastro (si la diferenciación de A y B tuvo lugar en un período muy remoto, su primitiva semejanza puede haberse hecho imperceptible). Así pues, el parentesco lingüístico consiste, en suma, en la relación existente entre las lenguas que son continuaciones diferentes de una misma lengua: «des langues parentes sont en réalité une seule et même langue modifiée de manières diverses au cours du temps» (Meillet, 1926a: 78). Afirmar que A y B están emparentadas, que son miembros de la misma familia, supone, por consiguiente, afirmar que son diferenciaciones de un arquetipo X. En cuanto al proceso de diferenciación, es de suponer que la comunidad lingüística originaria se escindió, y que la escisión social propició la escisión lingüística. La lengua, que en un principio era una, fue transformada de manera peculiar por cada uno de los grupos en que se dividió la comunidad. Así surgen A y B, que, a su vez, pueden escindirse si se dan las circunstancias oportunas: se constituirán entonces dos grupos en el seno de la familia. El proceso es siempre el mismo: a una unidad lingüística primitiva le sucede la diversidad. Por supuesto, para que sea posible el reconocimiento del parentesco se requiere que la diversidad moderna retenga ciertas huellas de la antigua unidad.

Como quiera que para demostrar el parentesco de varias lenguas se ha de ofrecer una relación de similitudes significativas existentes entre ellas, la clasificación genealógica presupone un estudio comparativo de las lenguas a clasificar. Es la comparación lo que permite comprobar la existencia (o la inexistencia) de similitudes significativas. De ahí que se afirme que la clasificación genealógica se realiza merced a la aplicación del *método comparativo*. Pero esta exposición adolece de vaguedad. Es necesario indicar qué se entiende por *similitudes significativas*, dado que son numerosas las similitudes interlingüísticas que no se consideran significativas, que no se admiten como pruebas de parentesco. Entre dos lenguas humanas cualesquiera existen analogías de estructura, pero tales

analogías, derivadas de su común condición de lenguas humanas, no obligan a suponerles un origen común: «pour établir une parenté de langues, il faut faire abstraction de tout ce qui s'explique par des conditions générales, communes à l'ensemble des langues» (Meillet, 1926a: 89). Para los tradicionalistas, la única prueba la constituyen las similitudes «dans le détail matériel des moyens d'expression» (Meillet, 1926a: 90). Las similitudes válidas para demostrar el parentesco de A y B son, pues, las *coincidencias materiales*, que consisten en la existencia de un fondo común de palabras y de exponentes de los accidentes gramaticales (los exponentes, para ser elementos materiales, deben estar dotados de cuerpo fónico: deben ser, pues, afijos, vocales o consonantes en alternancia, o partículas). Como es bien sabido, para demostrar la existencia de un fondo común de palabras y exponentes no es suficiente argüir que existe cierto *parecido* entre tales palabras y tales exponentes de A y las palabras y los exponentes de B que expresan las mismas nociones. Es necesario descubrir correspondencias regulares entre los sonidos integrantes de las palabras y los exponentes de A y los sonidos integrantes de las palabras y los exponentes correspondientes de B. La regularidad de las correspondencias debe ser tal, que, dada la expresión de un determinado contenido léxico o grammatical en A, se pueda predecir la expresión que a ese mismo contenido le corresponde en B, y viceversa.

Hasta ahora hemos observado cómo definen los tradicionalistas el término *parentesco lingüístico*, y cómo proceden para demostrar que dos lenguas están emparentadas. Ahora pasamos a examinar la visión del desarrollo lingüístico que implican la definición y el proceder tradicionales. La doctrina tradicional exige asumir que toda lengua es la continuación de una sola lengua. En efecto, para afirmar que dos lenguas A y B proceden de la lengua X es necesario asumir que tanto A como B son resultado de la ininterrumpida transmisión de X de generación en generación: «une langue sera dite issue d'une autre si, à tous les moments compris entre celui où se parlait la première et celui où se parle la seconde, les sujets parlants ont eu le sentiment et la volonté de parler une même langue» (Meillet, 1926a: 81). En apariencia, esta visión del desarrollo lingüístico obliga a suponer que todo lo que se halla en un estado A' procede del estado anterior A, que A' es el mero producto de la *evolución natural, espontánea y gradual* de A. Esta suposición no se ve respaldada por los hechos. Las lenguas no viven aisladas unas de otras, sino en contacto. Los contactos se traducen en transferencias de elementos de unas a otras, que en ocasiones desembocan en una considerable asimilación de lenguas originariamente disímiles. El devenir lingüístico no se reduce, pues, a la pura evolución natural. Al lado de esta, fuerza diferenciadora, existe el *préstamo*, fuerza unificadora que puede borrar total o parcialmente los resultados de la evolución natural. Ignorar su existencia es incapacitarse para la comprensión del desarrollo lingüístico. Ocurre que los tradicionalistas no la ignoran. De ignorarla, no advertirían que la contigüidad geográfica de las lenguas a clasificar genealógicamente «apporte [...] une gêne plutot qu'un secours» (Meillet, 1926a: 92). Insisten en que, dadas dos lenguas A y B contiguas, el lingüista debe desconfiar de sus coincidencias materiales: algunas serán resultado, no de una primitiva unidad, sino de la reciente contigüidad, no de la conservación de lo heredado, sino del préstamo. Sin duda, es posible cometer un error, tomar por heredados elementos que una tomó de otra, y, por ello, proponer un agrupamiento

que no responde a la realidad histórica. El deslinde del elemento heredado es «souvent très délicat» (1926a: 92). Ahora bien, si se pretende construir una clasificación genealógica, ese deslinde ha de hacerse. Por lo demás, el ocasional peligro de error no obsta para que en circunstancias favorables el deslinde se lleve a cabo con seguridad. Cuando los préstamos no son muy antiguos, cuando están documentados estados lingüísticos más primitivos y más *puros*, el elemento adquirido es fácilmente identificable (Meillet, 1937: 22-23).

A juzgar por la exposición anterior, en la doctrina y la práctica tradicionales no parece haber nada que las haga incompatibles con la comprobación de la importancia del préstamo en el desarrollo lingüístico. Los tradicionalistas saben que las coincidencias existentes entre varias lenguas pueden no ser fruto de conservación independiente de materiales heredados, sino de *contagio*, de *invasión* de una lengua por otra. De ahí que llamen a no dar por supuesto que toda coincidencia es traza de parentesco. El desarrollo de la geografía lingüística, que constata la realidad y la frecuencia de los préstamos, no tendría por qué desencadenar la crisis de la clasificación genealógica. Sin embargo, lo hizo. Hallazgos en apariencia destinados a corroborar a los tradicionalistas fueron interpretados como refutación de sus ideas. En el siguiente apartado trataremos de exponer someramente la conexión entre los resultados de la geografía lingüística y la crisis de la clasificación genealógica.

2.1. La geografía lingüística puede caracterizarse como un estudio de la extensión a través del espacio de fenómenos lingüísticos singulares (el resultado del sonido *x* en posición inicial absoluta, el afijo *y*, la palabra *z...*), realizado con vistas a la reconstrucción del proceso de difusión de dichos fenómenos (Coseriu, 1991: 110-115). Las investigaciones geográficas comprueban que los fenómenos lingüísticos a veces no permanecen encerrados dentro de los límites del dialecto de que son oriundos. Si se dan las oportunas condiciones políticas, económicas y culturales, los fenómenos propios de un dialecto invaden paulatinamente los dialectos adyacentes, los cuales pueden llegar a verse muy desfigurados a causa de esas invasiones. Como ya hemos visto, esta comprobación no constituía una amenaza para los tradicionalistas, que no recibieron con hostilidad a la geografía lingüística¹. Ahora bien, que los tradicionalistas no recibiesen con hostilidad a la geografía lingüística no implica que los adeptos a esa orientación evitasen los pronunciamientos hostiles a la clasificación genealógica de las lenguas. De hecho,

¹ Meillet, por ejemplo, tributó una calurosa acogida a los primeros grandes trabajos de geografía lingüística, a las obras maestras del romanista suizo Jules Gilliéron (1854-1926), a saber: el *Atlas linguistique de la France* (1902) y los numerosos estudios sobre la articulación dialectal de la Galorromania que llevó a cabo aprovechando los materiales proporcionados por el *Atlas*. Esos trabajos ponen de manifiesto la omnipresencia del préstamo, al mostrar que ni siquiera los más humildes *patois* han estado libres de la influencia de otros *patois* y del francés común. De ahí que Meillet les dé su aprobación (1937: 427). Encierran, a su juicio, una enseñanza valiosa para el lingüista *genealogista*, porque su lectura le hace ver la necesidad de *desconfiar* de las coincidencias entre lenguas contiguas. Ahora bien, debe quedar claro que esta enseñanza no es, en rigor, más que un recordatorio. Como en una ocasión indicó el mismo Meillet, molesto quizá por las pretensiones revolucionarias de Gilliéron y de sus discípulos, la tradición ni ignoraba ni menospreciaba el préstamo: «jamais aucun “néogrammarien” n'a contesté l'importance de l'emprunt» (1911: cxviii).

existe una lectura de los resultados de la geografía lingüística que constituye un violento ataque contra ellas. Esa lectura tiene su raíz en el pensamiento de un lingüista formado antes de la eclosión de la geografía lingüística: el romanista alemán Hugo Schuchardt (1842-1927). No cabe menospreciar la contribución de su compatriota el indoeuropeísta Johannes Schmidt (1843-1901). Ahora bien, es a Schuchardt a quien le corresponde la prioridad en la formulación de las ideas que habían de alimentar la crítica de las posiciones tradicionales. Esas ideas arraigaron sobre todo en Italia, donde el romanista Matteo Bàrtoli (1873-1946) las hizo fundamento de una corriente definida por su oposición a la tradición neogramática: la llamada *neolinguística*. Bàrtoli fue el cauce a través del cual el pensamiento de inspiración schuchardtiana llegó a los lingüistas de la generación posterior. Entre esos lingüistas jóvenes destacaban los indoeuropeístas Vittore Pisani (1899-1990) y Giuliano Bonfante (1904). Pisani y Bonfante, cuya trayectoria científica comienza en los años 1930-1940, mantienen viva la oposición a la doctrina y la práctica tradicionales hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX.

Para Schuchardt y para los estudiosos a él afines, los resultados de la geografía lingüística no validan la doctrina y la práctica de los tradicionalistas; antes bien, demuestran su carencia de fundamento. A su entender, lo que la orientación geográfica ha revelado no es la necesidad de distinguir entre la evolución espontánea y el préstamo, entre el material heredado y el material adquirido, sino precisamente la imposibilidad de hacerlo. De ahí que afirmen que la clasificación genealógica está en quiebra. Dicha clasificación, dada la inexistencia de lenguas *puras*, exige del comparatista un previo trabajo de *depuración* de las lenguas existentes, de eliminación de todos los elementos adventicios, de todas las contaminaciones introducidas por el contacto con otras lenguas. Solo las lenguas así depuradas pueden ser clasificadas genealógicamente. Pero, desde el punto de vista de estos autores, depurar es ilícito, porque la contaminación no es un fenómeno patológico, perturbador del desarrollo normal de la lengua. La contaminación *es* el desarrollo normal de la lengua: «La mixité –dice Schuchardt– pénètre tout le développement langagier» (Baggioni, 1988: 95). Los atlas lingüísticos lo han probado, al mostrar cómo el habla de un punto es siempre un tejido de hechos irradiados desde otros puntos. Al separarse lo heredado de lo adquirido se está reconstruyendo un estado lingüístico diferente del que se tiene ante los ojos, y es ese estado reconstruido el que se clasifica genealógicamente. El estado lingüístico real, que comprende elementos de diversa procedencia, se deja al margen por ser rebelde a la clasificación genealógica.

A la luz de las consideraciones que acabamos de exponer, parece obvio que la crítica de raíz schuchardtiana aspira a desacreditar la doctrina tradicional destruyendo su base. Realizar una clasificación genealógica exige, como sabemos, asumir que un estado determinado continúa sólo *un* estado lingüístico anterior, del cual desciende. Ahora bien, una vez se admite que no todos los elementos constitutivos de un estado lingüístico resultan de la evolución de su antepasado, cabe preguntarse si es consecuente atribuirle solo ese antepasado. La respuesta schuchardtiana es negativa. Los estados lingüísticos, en tanto que acogen elementos de diversa procedencia, continúan varios estados lingüísticos anteriores. Ello supone que son meros estados, y no *estadios* del desarrollo de *una* lengua. La

lengua, según Schuchardt, es solo un patrón que se revela en el hablar individual, y no una entidad exterior al individuo y poseedora de duración ininterrumpida (Baggioni, 1988: 95). No es como una persona, que a lo largo de su vida cambia sin dejar de ser ella misma. Hablar de fases de la historia de *una* lengua es, por consiguiente, una convención, pues carece de soporte la afirmación de que lo que se aprehende en dos momentos distintos son sendas etapas de *la misma* lengua. El carácter convencional de la práctica de los tradicionalistas es evidente –prosiguen sus adversarios– cuando en las lenguas a clasificar no hay una clara mayoría de elementos de una determinada procedencia. Es en casos como el del rumano, en el cual a un fondo latino se han superpuesto gran cantidad de elementos eslavos, griegos, turcos y húngaros, en casos como el del inglés, en el cual un estrato franco-normando se ha superpuesto al fondo anglosajón, la solución habitual revela toda su inadecuación. Decir que el rumano es una lengua románica, que el inglés es una lengua germánica, constituye, a juicio de los schuchardtianos, «*a rough and unscientific simplification*» (Bonfante, 1947: 350). El rumano no solo está emparentado con las restantes lenguas románicas, sino también con las lenguas eslavas, con los dialectos neohelénicos, e incluso con lenguas no indoeuropeas como el turco y el húngaro modernos; en cuanto al inglés, además de con las restantes lenguas germánicas, está emparentado con las lenguas románicas. Así pues, «*il n'y a pas de parentés en sens absolu et exclusif*» (Pisani, 1959a: 38). Términos de uso corriente e incontestado como *lenguas románicas* y *lenguas germánicas* implican, por tanto, un falseamiento de la historia.

La doctrina que acabamos de exponer acarrea el rechazo de la clasificación genealógica, que se funda precisamente en la suposición de que hay parentescos *en sentido absoluto y exclusivo*. No se trata del mero cuestionamiento de la posibilidad de deslindar grupos en el seno de una familia, como los ejemplos aducidos pudieran hacer creer. Lo que se cuestiona es la existencia de la familia lingüística en el sentido tradicional. Los tradicionalistas caracterizaban la familia lingüística como un conjunto de lenguas que proceden de una sola y la misma lengua. Sus adversarios consideran ficticia la representación de varias lenguas como continuaciones de una única lengua, de modo que la hipótesis de la comunidad originaria se les antoja no ya innecesaria, sino nociva. De ahí que sostengan que cabe explicar las coincidencias observadas entre las llamadas lenguas indoeuropeas sin suponer la existencia de una lengua originaria indoeuropea: la unidad indoeuropea puede deberse «*au fait que plusieurs langues voisines sont allées s'assimilant entre soi, processus semblable à celui qui nous est connu p. ex. par les langues balkaniques*» (Pisani, 1955b: 55). La comunidad originaria se resuelve en convergencia resultante de la contigüidad; los conceptos tradicionales de *parentesco lingüístico* y de *familia lingüística* se disuelven.

2.2. Para construir una defensa eficaz frente a los ataques que hemos examinado en la sección anterior, es necesario justificar la base del concepto tradicional de *parentesco lingüístico*. Han de proporcionarse, pues, argumentos que demuestren que la asimilación de las lenguas en contacto no es óbice para que cada lengua continúe solo una lengua anterior. No basta con reafirmar la doctrina tradicional, insistiendo en que «*les sujets bilingues que ont le choix entre deux*

langues ne mêlent pas ces deux langues» (Meillet, 1926a: 83). Lo que ha de hacerse es hallar aquello que, dado un estado lingüístico, permite determinar de cuál es continuación. Los críticos de la orientación tradicional han tratado de persuadir de que la práctica de sus adversarios es arbitraria. Para ello, han acudido a casos como el del inglés y el rumano. En dichas lenguas no parece observarse un predominio abrumador de los elementos de una determinada procedencia, de modo que la identificación de unos elementos como heredados y de otros como adquiridos parece caprichosa: ¿sobre qué base –inquieren los críticos– se realiza?, ¿cómo se determina que la lengua considerada continúa tal lengua y no tal otra? Cabe argüir que los hablantes siempre creen y quieren hablar una lengua determinada, aunque adopten numerosos elementos foráneos (Meillet, 1926a: 83). Cabe decir, por ejemplo: «quelle que soit en anglais la part de l'élément français, les sujets anglais ont toujours eu le sentiment et la volonté de parler leur langue nationale, et non celle des barons franco-normands» (Meillet, 1926b: 104). Pero esta afirmación hay que acompañarla de un soporte material. Hay que descubrir el correlato material, comprobable en la lengua, de ese sentimiento y esa voluntad. De no descubrirse, no estará probado que el inglés moderno continúa el anglosajón, ni que sus coincidencias con el francés son desdeñables a efectos de clasificación porque no obedecen a una comunidad originaria. La defensa de la orientación tradicional supone, en suma, descubrir aquellos elementos cuya continuidad a lo largo del tiempo equivale a la continuidad de la lengua misma: aquellos elementos que permanecen inalterados en situaciones de contacto lingüístico, y que, con su permanencia, permiten reconocer los elementos foráneos como foráneos. Meillet no ignora esa necesidad. Por eso subraya, polemizando con Schuchardt, que la conciencia que los hablantes tienen de continuar una lengua determinada «se traduit par un fait linguistique» (1926b: 107)².

Según Meillet, la traducción lingüística de la conciencia de los hablantes es la continuidad de la morfología: la continuidad de la morfología equivale a la continuidad de la lengua, y una comunidad morfológica entre varias lenguas equivale a su comunidad originaria. Así, respecto al inglés, «il suffit de considérer la grammaire pour lever tout doute: rien dans le détail matériel de la grammaire anglaise ne s'explique par le latin, tout s'y explique par la grammaire ancienne du

² Esta afirmación ha llamado la atención de un estudióso de la discusión entre Schuchardt y Meillet, Daniel Baggioni, que la cita para ilustrar la posición meilletiana (1988: 94). Baggioni, lamentablemente, no explica por qué la defensa de la clasificación genealógica obliga a Meillet a demostrar que una lengua posee continuidad temporal, que es *ella misma* a lo largo de un dilatado proceso de transmisión de generación en generación. El propósito de su trabajo no parece la elucidación del enfrentamiento de Schuchardt con Meillet, sino la vindicación de la memoria del romanista alemán, «grand linguiste oubliée» (1988: 86). Baggioni no duda en afirmar que en la disputa «Meillet ne s'est pas montré [...] sous son meilleur jour» (1988: 86), pero apenas dedica espacio a explicar su intervención, que tan desafortunada le parece (*vid.* 1988: 93-94). Bien es verdad que la intervención de Schuchardt no recibe un tratamiento mucho más detenido (*vid.* 1988: 95-96). Baggioni consagra sus esfuerzos a comparar la *personalidad científica* de Schuchardt con la de Meillet (1988: 86-91), llegando a conclusiones poco halagüeñas para el indoeuropeísta francés, a quien además acusa de no haber podido o querido entender a su colega (1988: 92). En consecuencia, el trabajo de Baggioni parece muy estimable como invitación a recordar a un autor injustamente preterido, pero no lo parece tanto como estudio del debate de Schuchardt y Meillet sobre el parentesco lingüístico.

germanique» (1926a: 93). Son, pues, las coincidencias morfológicas materiales del inglés con el flamenco, con el alemán, con el danés, etc., las que han de tomarse en cuenta a la hora de realizar una clasificación genealógica; las coincidencias léxicas con el francés deben desdoblarse, porque no responden a una unidad primitiva. «Il y a –dice Meillet– une continuité dans la morphologie, et c'est cette continuité qui permet le classement. Le classement généalogique est fondé sur la continuité de la morphologie» (1936: 58). Una comunidad lingüística que sustituye el vocabulario genuino por un vocabulario ajeno conserva su lengua. Una comunidad lingüística que sustituye la morfología genuina por una morfología ajena no conserva su lengua, aunque retenga el viejo vocabulario. Así pues, mientras que la existencia de un fondo de palabras común a las lenguas A y B puede ser resultado de la influencia de una sobre otra, la existencia de un fondo común de exponentes supone su unidad primitiva. Estas consideraciones se basan en la visión de la morfología como armazón de la lengua. Para Meillet, *gramática* y *sistema lingüístico* son términos virtualmente equivalentes, como revelan, sus reflexiones sobre el inglés: «Les anglais, qui ont admis des mots français innombrables, n'ont pas mélange pour celà le système français au système saxon» (1926a: 83). El vocabulario no es un sistema (1926a: 84). Es un simple conjunto de palabras que se reemplazan sin excesiva dificultad; es la parte más superficial de la lengua, la más fácilmente manipulable por parte de los hablantes: «le vocabulaire est sujet à des innovations brusques et capricieuses» (1936: 59). De ahí que sea «le domaine de l' "emprunt"» (1926a: 84). En cuanto a la morfología, Meillet admite que una lengua A puede tomar de una lengua B una partícula, o un afijo derivativo, reconocido como tal a causa de la adopción de numerosas palabras de B que lo contienen (1926a: 86-87). Pero el sistema morfológico en su conjunto (la totalidad de los exponentes de los accidentes gramaticales) no puede ser un préstamo. Decir que se ha tomado en préstamo un sistema morfológico es, para él, una manera poco feliz de decir que se ha cambiado de lengua: «si l'on emprunt tout le système d'un coup [...], l'on change de langue» (1926a: 87; *vid.* también 1936: 61-62; 1937: 36). Como la gramática es sistemática, como se adopta o se abandona en bloque, es el síntoma inequívoco de la mismidad de una lengua y de su pertenencia a una familia.

La consecuencia de la doctrina precedente es, como el mismo Meillet, subraya (1926a: 84-85; 1926b: 108, 193; 1937: 36), la no admisión de las coincidencias léxicas como prueba concluyente de parentesco. Para Meillet, las coincidencias léxicas es un principio *bajo sospecha*. Sólo si están acompañadas de coincidencias morfológicas admite que son trazas de una comunidad originaria. El problema de la clasificación genealógica únicamente se resuelve, por tanto, mediante un estudio morfológico comparativo. Sin tal estudio, es irresoluble; así, por ejemplo «a en juger par le vocabulaire, l'anglais serait un mélange de germanique et de roman» (1926a: 91).

Meillet se ha proporcionado a sí mismo y ha proporcionado a sus colegas una justificación y, al tiempo, un criterio para resolver los problemas que plantean lenguas como el inglés o el rumano. Pero la adopción de dicho criterio comporta una limitación del ámbito de realización de la clasificación genealógica. Como Meillet indica, solo pueden clasificarse genealógicamente las lenguas «dont le type

original comporte une grammaire compliquée» (1926a: 97). Cuanta mayor sea la complejidad morfológica de la lengua originaria, más alto es el grado de probabilidad de que su descendencia retenga numerosas peculiaridades morfológicas que permitan descubrir su parentesco. Si los accidentes gramaticales se expresan mediante el orden de palabras, es decir, «si presque toute la grammaire proprement dite tient en quelques règles de position relative des mots» (1926a: 97), resulta imposible hallar coincidencias morfológicas materiales, y, por lo mismo, resulta imposible llevar a cabo una clasificación genealógica rigurosa. Así, por ejemplo, «certaines langues d'Extreme Orient ou du Sudan» no se prestan a una clasificación genealógica, porque no recurren a exponentes dotados de cuerpo fónico (1926a: 97; *vid.* también 1936: 61-62). Meillet acepta esta limitación porque no aspira a demostrar que la viabilidad de la empresa clasificatoria está garantizada en todos los casos. Para él es suficiente demostrar que existen casos en los que la empresa es viable, impugnando así el rechazo absoluto de la clasificación genealógica propugnado por sus adversarios. Convencido de haber alcanzado ese objetivo, Meillet se mantiene fiel a la *solución morfológica* a lo largo de toda su trayectoria científica³.

Referencias bibliográficas

- BAGGIONI, D. (1988): «Le débat Schuchardt-Meillet sur la parenté des langues (1906-1928)», *Histoire, Épistémologie, Langage* 10/2, 85-97.
- BONFANTE, G. (1947): «The neolinguistic position», *Language* 23, 344-375.
- COSERIU, E. (1991[1955]): «La geografía lingüística» en E. Coseriu, *El hombre y su lenguaje. Estudios de teoría y metodología lingüística*, Madrid, Gredos, 103-158.
- MEILLET, A. (1911): «Compte rendu de: V. V. A. A., 1910, *Festschrift zum 14 Neophilologentage in Zürich 1910*. Zürich: Rascher», *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris* 17, cxvi-cxviii.

³ Ha de advertirse que esta solución no era novedosa. Así, por ejemplo, el danés Rasmus Rask (1787-1832), uno de los fundadores de la lingüística indoeuropea, no admitía como prueba de parentesco las coincidencias léxicas reducibles a correspondencias fonéticas regulares si estas no estaban acompañadas de coincidencias morfológicas. Este criterio le permitió liberarse de los errores de aquellas investigaciones genealógicas anteriores que lo habían fiado todo a la comparación de vocabularios. Pero fue quizás su rigurosa aplicación lo que impidió a Rask reconocer, en la *Undersögelse om det gamle Nordiske eller Islandske Sprogs Oprindelse* (1818), el parentesco entre el islandés y las lenguas célticas. Como no conocía sino los estudios más recientes de las lenguas célticas, que habían experimentado grandes transformaciones morfológicas, Rask no pudo hallar coincidencias entre la morfología de las lenguas célticas y la morfología del islandés. En consecuencia, tomó sus coincidencias léxicas por fruto de una antigua contigüidad y desechará la hipótesis de una comunidad originaria. La conciencia de los riesgos que implicaba una estricta aplicación del criterio morfológico llevó a otro indoeuropeísta danés, Holger Pedersen (1867-1953), a rechazar taxativamente la solución meilletiana. Pedersen negaba que en ausencia de una morfología compleja la clasificación genealógica fuese irrealizable (1983: 35). Las coincidencias léxicas, si reducibles a correspondencias fonéticas regulares, poseen valor probatorio por sí solas. Tal es la postura de Pedersen, que tacha de *totalmente injustificada* (1983: 35) la idea de que, a juzgar por el vocabulario, es imposible determinar si el inglés es una lengua románica o una lengua germánica: en el inglés —arguye— «the entire central part of the vocabulary agrees, in concordance with definite phonetic laws, with other Germanic languages» (1983: 35). Las limitaciones de espacio nos impiden desarrollar esta breve aproximación al estudio de las raíces y de la recepción de la solución meilletiana.

- MEILLET, A. (1926a[1914]): «Le problème de la parenté des langues» en A. Meillet, *Linguistique historique et linguistique générale I*, Paris, Champion, 76-101.
- MEILLET, A. (1926b[1918-1919]): «Les parentés de langues» en A. Meillet, *Linguistique historique et linguistique générale I*, Paris, Champion, 102-109.
- MEILLET, A. (1936[1924]), «Introduction à la classification des langues» en A. Meillet, *Linguistique historique et linguistique générale II*, Paris, Klincksieck, 53-69.
- MEILLET, A. (1937[1903]): *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*, Paris, Hachette.
- PEDERSEN, H. (1983[1916]): *A Glance at the History of Linguistics with Particular Regard to the Historical Study of Phonology*, traducción inglesa por C. C. Henriksen, Amsterdam-Philadelphia, John Benjamins.
- PISANI, V. (1959a[1952]): «Parenté linguistique» en V. Pisani, *Saggi de linguistica storica*, Turín, Rosenberg & Sellier, 29-42.
- PISANI, V. (1959b[1949]): «La question de l'indo-hittite et le concept de parenté linguistique» en V. Pisani, *Saggi de linguistica storica*, Turín, Rosenberg & Sellier, 43-60.